

[Novela Corta] Amor sincero

Manuel C.S.



Amor Sincero

MANUEL C.S

Capítulo 1

I.-STACATTO

Cuando Julia me dijo que aquel día, nuestro día, tenía algo especial para mí, pasé por varios estados anímicos al respecto.

Soy un ente curioso, eso lo tengo por humano. Pero humanidad aparte; soy bastante curioso incluso para la media.

Me lo contó un mes antes de nuestro aniversario, así que tuve tiempo de sobra para comerme el tarro, y por supuesto, comérselo a ella. No todos los días se cumplen cuatro años con una pareja.

Bueno, no con la misma, pero creo que para llegar a eso hay que ser un poquito cabrón.

—Te va a encantar, Santi. No hagas planes para nuestro día. Yo me encargo. Solo déjate llevar.

Lo dijo con esa sonrisa suya que acompañaba el brillo de sus ojos. Era felicidad pura, tanto que me dejó desarmado ¿Cómo podría siquiera interponerme a eso? Julia me lo soltó con tanta ternura, que ni siquiera me importó que interrumpiera una mamada para contármelo.

Despertó mi interés, y con ello volvemos a la curiosidad. Siempre que le preguntaba me daba largas. Se reía con esa forma tan característica y se le iluminaban los ojos. Le preguntaba a todas horas, «¿A dónde vamos?» Ella siempre respondía lo mismo, con distintas variables:

«¿Quieres que te joda la sorpresa?».

Luego me miraba con cara de cachorrito herido, y suplicaba que dejara de insistir: que al final se le iba a escapar algo, que nos iba a encantar a los dos, que llevaba tiempo planeándolo, y que quería que la sorpresa fuera mayúscula para mí.

En retrospectiva, sin duda lo fue.

Tras la curiosidad, la siguiente fase; sentirme una mierda.

Me explico: soy un poco capullo, lo he sido siempre. Todas mis parejas anteriores (¡Pocas para fortuna del género femenino!) lo han sufrido. No soy un maltratador, ni mucho menos, pero si bastante dejado para lo que una compañera de vida espera de su homónimo. Si ellas querían salir de fiesta, yo prefería quedarme en casa machacando a los malos en una videoconsola. Si se quejaban de que el piso estaba hecho una mierda, me

encogía de hombros y sonreía diciendo «Ya lo haré». Son un par de ejemplos, pero os podéis hacer una idea.

Supongo que nos pasa a todos ¡El amor nos acomoda! Pero en mi caso, esa zona de confort se acababa convirtiendo para ellas en un «o lo tomas, o lo dejas». Y claro; todas escogían la segunda opción.

En mi defensa diré que yo también sentía carencias por parte de mis medias naranjas. El ser humano no está preparado para la versión real de los príncipes y princesas de Disney. Nadie es perfecto.

Pero cuando apreció Julia, me jodió todos los esquemas.

Ella sí ERA perfecta ¿Sabéis?

Perfecta tipo: «Más te vale no joderla».

No solo decía «Te quiero» mirándote a los ojos, que parece ser la única forma que tenemos en esta sociedad para demostrar afecto. Lo demostraba. Se esforzaba por amoldarse a mí. Así que hice lo que debía hacer. Demostrárselo. Amoldarme yo a ella. Era lo mínimo ¿No? Que no exista la perfección, y menos en el amor, no nos exime de luchar para conseguirla.

Y dicho esto: por eso me sentía como una mierda.

La pobre había preparado algo durante Dios sabe cuánto tiempo y yo lo único que tenía que hacer era dejarme llevar.

¿Mis ideas para dicha conmemoración? Dar un paseo por la ciudad, comer en un sitio elegante, y agasajarla hasta que folláramos como putos monos el tiempo que durara mi erección, lo cual no sería mucho. Pero me aseguraría de que cubriera un par de buenos orgasmos como mínimo para ella.

Mi superficial plan, a tenor de la curiosidad insatisfecha, empezó a parecerme insuficiente a todas luces. Ella se había esforzado tanto que lo mío parecía leído de una revista poco inspirada sobre «Que hacer si no se te ocurre una mierda», y me sentí inseguro.

Porque el nivel era «NO LA JODAS CON ESTA».

Porque Julia se merecía lo mejor.

Me aterraba pensar que cuatro años eran suficientes para devolverme a mi estado primigenio y cagarla con quien se esforzaba tantísimo por ser

mi pareja ideal.

Por último, el tercer estado, la ansiedad. Curiosidad insatisfecha e inseguridad dan justamente eso.

Contaba los días, horas y minutos para la llegada de nuestro aniversario. Lo sentía como un calor en la mollera que hacía que pensar en otra cosa fuera una pérdida de tiempo.

Recuerdo haber llamado a Miguel, su hermano, preguntándole al respecto.

«Tranquilo, tío», me decía, «Tú simplemente, déjate llevar».

Si insistía, el muy cabrón se partía la caja. Disfrutaba del poder que conlleva la autoría de un secreto ante los que claudicaban por desvelarlo.

Lo cierto es que Miguel me cae bastante bien, tal vez debería añadir esto a mi relato. Tiene siete años menos que yo, así que mi edad mental se equipara con la suya y da como resultado una bonita amistad. Éramos muy parecidos, con los mismos gustos. Cuando Julia me lo presentó no sabía muy bien que esperar de él, dando el típico momento tenso donde tu sonríes como un idiota, él te devuelve la sonrisa sin ningún brillo en sus pupilas; y el silencio que se genera parece gritar: «Este es el que se folla a tu hermana».

Nuestra amistad comenzó a asentarse un par de semanas después de la primera toma de contacto. Miguel me pidió que le ayudara con un tema. Era el problema más viejo y tonto del mundo. Comprar alcohol cuando eres menor de edad. Por entonces él tendría dieciséis, yo veintitrés, con lo que ayudándole pude ganármelo un poco. Le pillé las cuatro botellas de alcohol destilado que quería y saqué aparte un par de latas de cerveza que me bebí con él. Sentados en la plaza de su pueblo, charlamos de Todo y Nada; las bases de una buena conversación.

Con su hermano mayor, Diego, no he tenido tanta suerte. No es que nos caigamos mal, es que simplemente, no nos caemos. Creo que es el punto mínimo al que uno puede aspirar con la familia de su pareja, con lo que tampoco me quejo. El tipo está casado ya, y tiene una hija de seis años. Dispone de un buen trabajo. Su edad mental en la vida podría equipararse a la mía. Nuestras conversaciones son secas y cordiales. Ninguno de los dos parecemos haber necesitado más.

Sus padres, Carmen y Pablo eran los últimos de esta ecuación matemática cuya promesa social estaba predestinada al fracaso. Pero fuera del arquetipo social entre suegros y yernos, lo cierto es que siempre fueron

muy agradables conmigo.

Pablo es un buen tipo. Abogado y sindicalista. Nunca pareció importarle que yo trabajara de teleoperador. Incluso se preocupó, viendo mis estudios de bellas artes, de motivarme para que siguiera peleando por conseguir un curro de lo mío.

Carmen igual. Toda una señora. Siempre va con Puqui, un perrillo de esos pequeños, de alguna raza oriental y con mucho pelo a los que mi madre llamaba «lame pies», y mi abuela llamaba «lame chochos». Nunca se separa de él y lo tiene como un cuarto hijo.

Ambos dicen que hago a su hija feliz, y Joder, ieso es un subidón! Significa que estoy haciendo bien algo que siempre había hecho mal. Veo a ambos en Julia. En los dejes murcianos del padre, que rompen el acento de ella cuando está nerviosa, y en los ojos de la Madre. Ambas tienen el mismo color marrón oscuro.

Entonces llegó el gran día. Todo parecía predestinado. Yo libraba al día siguiente, y ella se había pedido un día de vacaciones. Así que en lo que llegue a casa de currar, ella ya estaba esperándome dentro del coche, afuera de nuestra casa.

—Rápido, tardón —gritó desde la ventanilla con una sonrisa—. Entra a casa y deja tus bártulos, y luego ven y bésame.

Hice caso a todo, pero no por ese orden. Primero la besé, luego fui a cumplir el resto de las indicaciones. ¿Os acordáis de la tercera etapa, la ansiedad? Digamos que acabé por sepultarla de la única forma que me dejó dormir tranquilo por las noches.

Cuando entré en casa, saqué de mi macuto la cajita negra de plástico en la que se encontraba el anillo de diamante que había acabado con todos mis ahorros. Diamante auténtico, o eso decía en Aliexpress, aunque al final de esta historia acabaría descubriendo que era verdad.

La mierda era ver como se lo entregaba: ¿debería esperarme? ¿Se lo doy ahora en el coche?

No. Julia había preparado algo realmente hermoso, y que menos que esperarme. No quería opacar su sorpresa con la mía.

Descubrí que Julia ya había empacado mi mochila con todo lo necesario para el evento y la había llevado al coche, así que no tenía donde esconder la cajita. Me la metí en el bolsillo, pero aquello era tan discreto como un francotirador tumbado en mitad de la calle oculto con una servilleta. El bulto era bastante notable, y no quería que lo primero que recordara antes de que me pusiera de rodillas, era que parecía tener una

erección cargada hacia la izquierda. Saqué el anillo de la caja y la dejé en la mesa. Problema resuelto. Justo cuando me lo guardaba en el bolsillo de la camisa (Ahí no miraría en la vida) escuché el claxon, y justo después, como arrancaba el motor. Aquel viejo Peugeot sonaba como debería sonar un mal designio. Un repiqueteo crudo que me evocaba un tractor atropellando a una piara de cerdos. Funcionaba correctamente, eso sí. Aunque el ruido, sobre todo en el interior del coche, era suficiente como para que los que no lo conocieran se alarmaran; aquel trasto se portaba la mar de bien.

Salí. Julia se había puesto las gafas de sol. Tenía una mano sobresaliendo por la ventanilla, acariciando la puerta desde fuera; la otra en el volante. Esbozaba una sonrisa pícaro mientras me miraba.

—Vamos, huevón, que me voy yo sola.

—Perdona, estaba cagando. — Maldita sea... ¿De verdad eso fue lo único que se me ocurrió?

Sonreí y me acerqué a su puerta. La besé otra vez, cerrando el círculo, mientras ella se asomaba por la ventana del vehículo para conectar sus labios con los míos. Me encantaba esa complicidad cuando ya no hacían falta palabras.

Entré al coche dando un portazo (Siempre lo hago, no preguntéis, ni idea de por qué) y antes de que me hubiera puesto el cinturón, ella se sacó algo del bolsillo. Al principio creí que eran unas braguitas, lo cual habría sido un buen comienzo, pero cuando ella me las tendió descubrí que se trataban de un antifaz rosita, con pequeños volantes de tela cosidos en su perímetro.

—Póntelo —ordenó con su mejor tono de «Hablo muy en serio» —. Llevo mucho tiempo esperando para esta sorpresa, y no quiero que veas nada hasta que llegue el momento.

Agarré aquel antifaz. Mil preguntas se agolpaban en mi garganta. Pero tras tanto secretismo deduje que la dialéctica era tan solo un pozo de veneno hacia su esfuerzo para algo, que el mismo tiempo me descubriría.

Me lo puse. Al menos era cómodo. Hay que reconocer que Julia lo escogió bien. Ni siquiera un tímido rayo de luz se asomaba entre los cosidos de la tela. Olía bien incluso, con cierto aroma afrutado.

—Huele rico —expresé sonriente.

—Lo sé, Santi. —No podía verla, pero no me hacía falta para saber que mantenía su media sonrisa, una luna creciente sobre su barbilla, invocada

por su picaresca —. Ya que el viaje va a ser largo, que menos que disfrutes de un buen aroma. Dicen que los sentidos se agudizan cuando pierdes la visión.

—¿Viaje largo?

—Sí, como unos treinta minutos, puede que algo más, porque dicen que va a llover.

Julia siempre iba más despacio si llovía, como podéis imaginar.

Escuché el sonido de crujir nueces que hacía nuestro freno de mano cuando lo quitó. También el sonido del cambio de marchas deslizándose. El motor comenzó a arrullar cuando el pie de Julia jugaba con el acelerador y el embrague. Sentí el movimiento del despegue, en especial cuando ella tuvo que subirse un poco a la acera para poder maniobrar bien con el espacio que tenía antes de salir del aparcamiento de la calle, mientras el motor se revolucionaba haciendo que el grotesco ruido obtuviera tintes cósmicos.

—¿Y si me pica? —Entoné la pregunta con redomada sorna —. ¡Treinta minutos es mucho tiempo!

—Puedes rascarte ¡Pero nada de mirar! En serio, Santi —Ya no bromeaba —. He peleado mucho por este día. Quiero que sea algo mágico. No te quites la venda.

Asentí. No sé si me vio; pero yo al menos, asentí.

Ella se había currado «Dios sabe que» durante «Dios sabe cuánto tiempo» mientras yo había ido dejando el proceso hasta el tramo final antes de agobiarme por estar a la altura ¿Qué mínimo que seguir aquellas mínimas indicaciones?

Sentí también el peso del anillo en el bolsillo de la camisa. Era pesado. Su diamante coronaba la circunferencia de metal bañado en oro. Y aunque estaba seguro de que le encantaría, la inseguridad volvió a saltarme al cuello, como un tigre rabioso al que le habían cambiado el plato de cebras por cocaína. ¿Y si ella lo consideraba un intento de eclipsar su esfuerzo? Aquí estaba yo, un idiota redomado reconvertido en señor del castillo, cuya falta de imaginación a la hora de contrapesar una idea emotiva, ingeniosa y original de su pareja, era sacar un anillo de compromiso. Comparaba la idea del matrimonio con un comodín que terminara de darme la ventaja ante mi adversario al póker.

Otra vez me asoló la sensación de ser un miserable, y ella debió notar mi malestar. Aprovechó una parada de unos segundos, probablemente un semáforo, para agarrarme de la mano. Luego continuó, y yo traté de

mantener a raya los pensamientos de mierda.

Ella no se merecía eso.

Comenzó a llover. Escuché los golpecitos de la lluvia sobre el techo. Al principio pequeños chasquidos, demasiado pequeños como para ser percibidos por el bramido del dromedario histérico que era el motor. En serio: ese cacharro no pasaría ninguna ITV más a no ser que el que lo analizara fuera sordo, ciego y con un complejo caso de oligofrenia; de esos que acentúan mal la palabra analgésico y acaban metiéndose las pastillas por el culo.

A medida que el tiempo pasaba la lluvia se convirtió en un martilleo. Pude escuchar como Julia cerraba su ventana. Y ahora sí, por encima del motor, oía el mar de esquirlas que caía sobre el coche. Era un arrullar bastante catártico. Ayudó a relajar mis pensamientos bajo aquella venda que, a oscuras conmigo mismo, peleaba para no quedarme dormido. A todas luces, eso sería una mala forma de mostrar mi respeto ante el esfuerzo de Julia.

Adivinadlo; al final me dormí.

No me juzguéis. Trabajar de cara al público tiene la capacidad de agotarte mentalmente y es capaz de partirte todos los esquemas en cuanto a estupidez humana se refiere. La serie de IT Crowd dejó de hacerme gracia cuando «¿Ha probado a apagarlo y volverlo a encender?» dejó de ser un chiste para convertirse en una doloroso mantra. En serio, me han llamado por las gilipolleces más cuestionables. Pero no me preguntéis a mí, preguntadle a cualquiera que trabaje aguantado gente ocho horas al día. De hecho, si queréis echaros unas risas, dejad de leer ahora mismo, antes de que la cosa se ponga realmente chungu, y preguntadles a vuestros conocidos.

Me desperté con el sonido de un trueno. El cabrón rebotó por el interior del coche y me hizo saltar del susto. Casi parecía que había estallado el motor de una maldita vez.

—Bienvenido al mundo real, dormilón —Dijo la voz de Julia—. Ya estamos llegando.

No sé cuánto tiempo estuve dormido. Seguía con el antifaz, pero pude notar que el raso de la carretera se había cambiado por algún tipo de camino bastante más precario. El coche trotaba por algún tipo de vereda, tal vez piedra, porque notaba cada bache en la boca del estómago; con el asiento entero vibrando para acompañar a algún tipo de percusión arrítmica.

Pregunté lo que me pareció más importante, a tenor de aguantar la compostura.

—¿He roncado?

—Ni te preocupes por eso, cielo. Me parece bien que hayas descansado un poco, luego no ibas a poder.

—¿Cuánto queda? —Pregunté ligeramente ansioso.

—Ya estamos llegando.

¿Qué podría ser? Lo cierto es que como ya he dicho, mis divagaciones se columpiaban en una cuerda muy endeble. Y tampoco os he ocultado que soy un tipo, tal vez, demasiado simple; poco imaginativo a la hora de hacer que una velada romántica sea inolvidable. Me había imaginado miles de situaciones que iban desde ella con un tanga de caramelo, hasta un trío.

La lista de gilipolleces que se me ocurrieron se fue acotando. Se hacía fácil deducir cual sería. El olor a tierra y hierba mojada que se filtraba por el acondicionado, junto al sufrimiento de la suspensión. No me costaba imaginar que hacía un buen rato que habíamos dejado la ciudad; probablemente, yendo a algún tipo de casita rural.

Número sesenta y siete; escapada romántica al aire libre.

Lo daba por hecho ya, la verdad, y ¿os podéis creer que me sentí ligeramente defraudado? Un mes da mucho juego a las altas expectativas, y supe al instante, que la realidad nunca iba a estar a la altura de lo imaginable.

Joder, que equivocado estaba.

Sentí que bajaba la velocidad cuando el bramido del motor se apagaba. Luego giró y, por el peso desequilibrado de mi cuerpo, supe que lo había hecho hacia la izquierda. Ya apenas aceleraba. Estábamos llegando.

—Aún no te quites la venda.

Obedecí. Me dejé acunar por el sonido de la goma contra el asfalto. La inclinación del coche me indicaba que estaba subiendo algún tipo de cuesta, así como el sonido de la lluvia golpeando las ventanas. No hacía frío, pero se sentía la humedad. Fueron unos pocos minutos así. Noté varios giros y el camino cada vez parecía peor asfaltado, puede que alguno de esos hay entre los pueblos, y que conectan las casitas rurales que tanto gusta a la gente para sentir que desconectan de su rutina de

mierda; para meterse en otro tipo de rutina de mierda, una diferente.

El coche encontró algún tope que lo hizo ascender, y la lluvia ya no parecía repiquetear contra el salpicadero o el techo. Aún se escuchaba, pero algo más lejana. ¿Nos habíamos metido en algún sitio? Debía ser así, porque, aunque todo estaba oscuro bajo el antifaz, podía notar por el perímetro algún tipo de luz cálida que parecía danzar. Al olor a la hierba húmeda lo precedió un perfume amargo que me recordaba a las varillas de incienso.

Entonces nos detuvimos.

Escuché el sonido del motor apagándose; luego el crujido del freno de mano.

—Ya estamos cariños. Puedes quitarte el antifaz.

Y otra vez más, sumiso, obedecí.

Ni Dios, ni toda la puta corte celestial, me habrían podido preparar para aquello.

Voy a tratar de sintetizar de una forma más o menos ordenada, porque si os dijera que tardé menos de dos minutos en asimilar lo que los ojos le mandaban al cerebro os estaría mintiendo.

Estábamos en algún tipo de nave, puede que un granero, de techo alto y un área bastante amplia que se encontraba despejada. El suelo estaba sucio por paja, o por cual fuese la mierda que allí guardaran habitualmente; porque todo eso lo habían sustituido por algún tipo de fantasía macabra.

Cuatro columnas de hierro eran las que soportaban el techo, y de ellas se enlazaban cadenas de goznes negros. En la parte más alta, unas antorchas iluminaban. Las llamas danzaban por el escaso viento que se filtraba entre las grietas de las paredes de chapa. Al fondo había un altar con más cadenas, y era un pedazo de piedra inmenso que se erguía en vertical y al que habían grabado a cincel la figura de un hombre con cabeza de cabra dentro de una estrella de cinco puntas invertida; con los brazos extendidos y separados del torso. En la punta más baja de la estrella se resguardaban las piernas con ambos pies entrelazados en una punta. Los cuernos de carnero hacían las aristas superiores del pentagrama. Parecía una versión retorcida del hombre de Vitruvio, si este tuviera cuernos, malas intenciones y cuatro penes con cabeza de serpiente asomándole de la entrepierna.

Delante del coche se encontraba casi toda su familia, Pablo, Carmen y

Miguel.

Vestían túnicas rojas con remaches negros. Estaban a pocos centímetros del guardabarros delantero. Pablo tenía la misma sonrisa pícara que ya os describí antes en Julia. Carmen tenía en brazos a Puqui, y hasta el asqueroso chucho parecía sonreírme mientras la matrona le acariciaba la espalda con movimientos suaves. Miguel sonreía y saludaba con la mano, y yo, completamente perplejo, le devolví el saludo con una tímida sonrisa.

¿Cómo habrías reaccionado vosotros? Porque yo no sabía si eso era la madre de todas las putas bromas, o si en realidad seguía sobando en el coche. Miré a la izquierda, con la boca tan abierta que bien podrían haberme arrancado la cabeza y haberla usado en el último tramo de un minigolf. Julia sonreía y sus ojos brillaban como no lo había visto en mi vida.

—Sorpresa, cariño —repuso con un tono que bien podrían haber sido cristales arrastrándose por mis canales auditivos—. Han sido cuatro años, y solo por la cara que tienes, han merecido la pena.

Para cuando volví a mirar hacia adelante Pablo, mi adorado suegro, acababa de levantar los brazos. Mostraba algo que, por el morro delantero del coche, había estado fuera de mi visión. Estaba flipando tanto que creía que eran dos canutos. No tardé mucho más en darme cuenta de que eran los orificios de una escopeta de doble cañón que me apuntaba directamente a la cara.

—Santiago —dijo con voz era calmada—. Te recomendaría salir del coche y no hacer ninguna tontería. Esta escopeta tiene el gatillo realmente sensible y ninguno queremos que haya un accidente. ¿Has visto lo que esto puede hacerle a un conejo o a un ciervo?

Negué con la cabeza.

—Pues olvida lo que hayas visto en las películas. Te aseguro que lo suavizan para no hacerte vomitar. A esta distancia y con este calibre, si esto se dispara; y no queremos que ocurra eso, la parte de tu cuerpo a la que esté apuntando desaparecerá por completo. Así que bájate del coche despacio, y sin hacer ninguna gilipollez.

Capítulo 2

II.- SILENCIO

Que esperes que tu pareja vaya a hacerte una mamada y te meta el pulgar por el culo es algo que puede damnificar el concepto de Sorpresa.

Te puede gustar más o menos, pero no deja de ser un cuerpo extraño que se ha introducido en tu cuerpo sin permiso, sin pagar aduanas; con una uña de contrabando arañando túneles en la dirección contraria a la que tienden a usarse. Es un movimiento arriesgado que puede acabar con tu relación o despertando cosas que ni tú mismo conocías.

Supongo que de todo se aprende, si es que sobrevives al aprendizaje, claro.

Salí del coche por la puerta del copiloto, muy lentamente. Y no era porque aquellos cañones amenazaran con convertirme la cara en foie-gras, sino porque tenía un overbooking emocional y a duras penas podía mandar las órdenes más simples a mis extremidades. Aún creía que era algún tipo de broma macabra cuyo sentido del humor escapaba a mi entendimiento. Mi cerebro echaba chispas por racionalizar aquello. Casi podía escuchar las revoluciones de mis pensamientos. Incluso a mi grado consciente le costaba mantener el hilo, convertido en ruido mental. Una disincronía que convertían el respirar sin cagarme encima en un reto.

Para cuando salí del coche ni siquiera había levantado las manos. ¿No es lo que se hace cuando un tipo te apunta con un arma de fuego? No yo. Salí con los brazos en tensión, puede que mi cerebro ordenara a mis manos que se alzaran, pero desde luego no estaba mi cuerpo para ejecutar tareas tan complejas.

—¡Mami! —Julia salió por su lado y corrió a abrazar a su madre que, ante la muestra de afecto, dejó al perro chino en el suelo —. ¡Lo he traído! ¡No ha sospechado nada!

—Muy bien hecho, mi cielo. —La madre la abrazó con una mirada de profundo orgullo.

—¿Dónde está Diego?

—Tu hermano ha tenido complicaciones con su esposa María. Pero él y la niña ya vienen de camino.

—¡No fastidies! ¿Solo vienen él y la peque? ¿Qué ha pasado?

—La muy puta se olió algo —intervino Miguel —. Trató de escapar con Nuria. Diego descubrió bajo la cama una maleta hecha, así que tuvo que adelantar el sacrificio.

¿Sacrificio? Aquella palabra me retumbó en el cuerpo como si la hubieran insertados a golpes con una almádena.

—Tsche —repuso la Madre —. No ha sido lo ortodoxo. Debería haber sido aquí, a los ojos de nuestro señor. Supongo que es el pecado lo que vale, y no el lugar donde se comete, a fin de cuentas, es Santi el plato especial de la noche ¿No?

A estas alturas creo que ya os hacéis una idea, si es que no os la hacíais antes, de por dónde iban a ir los tiros. Yo fui más lento, eso seguro, porque mi mente aún trataba de entender aquello, lo cual, mirando hacia atrás, estaba claro de cojones.

Pero entendedme, por favor.

Para ti solo somos personajes de una historia que apenas lleva unas páginas, pero para mí eran mi vida. Pasado, presente y futuro. Aquella familia que me había acogido en su seno, a un completo desconocido, y le habían tratado como a uno de los suyos: había comido con ellos, hablado de futbol con Pablo y de mujeres con Miguel. Carmen había compartido conmigo recetas. Juntos habíamos pasado festividades, ido de vacaciones juntos...

...Y luego estaba Julia.

Mi Julia.

La que me abrazaba todas las noches hasta quedarse dormida. La que erizaba los dedos de los pies antes de un orgasmo, y luego tenía tics en la rodilla izquierda. La que cuando reía mucho le daban arcadas de tos, debido a un largo tiempo siendo fumadora activa. La que no soportaba a Al Pacino porque decía que había algo en su mirada, independientemente del papel que realizara, que le transmitía algo turbio.

Maldita sea.

—Muévete.

Si algo es más frío que la realidad es el cañón de una escopeta dándote toquecitos en las costillas. Pablo me señaló una de las columnas de las que se enredaban cadenas, y luego me dio indicaciones bastante simples; algo que dedujo como necesario al ver mi cara de idiota.

Luego se acercó Miguel. Ambos desentrelazaron los eslabones de metal y me anudaron la cadena al cuello. El frío tacto del acero se me clavó en la garganta. Con la parte sobrante, apresaron mis muñecas. Luego le pusieron un candado.

Miguel me enseñó la llave mientras sonreía, divertido de mostrarme la salvación a pocos centímetros de mi cara. Tal vez buscaba algún efecto en mí. Puede que, si le hubiera gritado, escupido, suplicado, o amenazado, aquello le hubiera complacido. No obtuvo nada. Era el ciervo en mitad de la noche que, al cruzar la carretera, observa esa potente luz que se acerca.

Era un traumatismo craneoencefálico antes del colapso.

—El muy gilipollas está catatónico —expresó a carcajadas.

Julia, que seguía hablando con su madre, se acercó para mirarme a los ojos.

—Siempre has sido muy cortito, cariño... Tranquilo. Nunca has valido una mierda en vida, pero tu muerte al menos servirá para algo ¡Será grandioso! Deberías darme las gracias, voy a hacer que merezcas la pena.

—¿Por qué?

—Porque te quiero, tontorrón. Si no se ama a la persona, no se podría considerar un sacrificio legítimo ¿No crees? —Julia se metió la mano en el bolsillo, parecía estar buscando algo—. ¡Es un halago, mi vida! Llevo toda mi vida buscando a ese príncipe azul, mi media naranja, cuya sangre fuera digna para derramar ante mi señor. Que su olor pudiera hacerle estremecer de placer sobre su trono en el infierno, y así hacer que acuda a nuestra llamada para reinar en la tierra.

Julia sacó algo y me lo metió en la boca. Algo dulce que con mi saliva pareció ablandarse. Luego me acarició la garganta. Estaba hipnotizado, por que aquel discurso de mierda era como una tarta de cumpleaños que oculta jeringuillas en el bizcocho. Traté de no tragarlo. Su padre volvió a encañonarme; me hizo cambiar de opinión.

Fuera lo que fuera, me lo tragué.

—Todo salía siempre mal. Yo solo salía con gilipollas que se preocupaban más de sus pelotas que de mí. Diego se casó con una mujer que no amaba, y su hija era demasiado pequeña para que él sintiera algo parecido al amor puro. Miguel es un jodido psicópata, no tiene sentimientos ¿Sabes? Podía enamorar a muchachas. De hecho, se le da bien hacer creer a los demás que es un tío de puta madre. Pero es incapaz

de sentir afecto por nadie, así que estaba descartado.

»Mis padres pusieron toda su atención en mí. ¿Te puedes imaginar la presión? Ya lo daba por perdido. Yo, una chica corriente de una familia pagana cualquiera buscando al príncipe perfecto. ¡Me sentía tan boba! Y de repente llegaste tú. Tan generoso, tan bueno, tan tierno... Te esforzabas por ser ese joven de sangre azul que toda chica sueña que existe en este pedazo de mierda flotante al que llamamos planeta».

Entonces me besó. Fue húmedo y seco. Pantano por su parte; desierto por la mía. El beso más largo que me habían dado. También el más caliente y asqueroso. Casi parecía querer devorarme allí mismo sin usar los dientes.

Mi mente rota comenzó a coser los pedazos de todo lo que estaba ocurriendo, y no le seguí el beso, aunque eso a ella no la detuviera. ¿Quería llorar? Supongo que ahora que lo pienso, tal vez sintiera como la tristeza se anudaba a los depósitos de agua de mi alma. Pero creo que no lloré. Me gusta pensar que no lo hice. Prefiero que leas esto pensando que soy un idiota, a que soy un alma rota por una traición que quiere que le compadezcan.

Cuando se separó de mí, me dejó allí y se volvió junto a su Padre, que cargó la escopeta al hombro.

Capítulo 3

III.- CRESCENDO

¿Sabéis que es lo peor que puedes darle a alguien que has traicionado tras cuatro años de relación y condenado sádicamente a muerte? Tiempo para reflexionarlo.

No sé cuánto pasó.

La familia feliz estaba reunida: hablando, riendo e inundados por la emoción junto al altar del tipo-cabra.

Mientras yo, ligeramente más alejado, seguía encadenado.

El miembro más pequeño de aquella hermosa estampa familiar era quien me vigilaba.

Puqui, el perrito peludo al que Harrison Ford habría colocado un chaleco para que tripulara con él el halcón milenario. Se encontraba sentado delante de mí, mirándome muy fijamente, con las dos patitas traseras extendidas y sostenido por las delanteras. Inclinado, como hacen algunos canes cuando quieren rascarse el ojete con el suelo. Me miraba y hacía ruiditos al respirar, casi ronquidos despiertos, y no pude evitar pensar que esa puta raza de perro era la prueba de que la naturaleza también se equivoca. Con esas patitas cortas, y ese hocico chato que hace que se claven las ramitas en los ojos al olfatear. Ese puto perro estaba mal hecho, y alguien debería envolverlo en papel de envío, atado a una bomba y estamparle una nota con una pistola de clavos que pusiera «Devolver al fabricante».

Perdonad el tono. Podréis imaginar que, al desconcierto y la tristeza, les siguió la rabia.

Notaba también una sensación que, a pesar del contexto, no era del todo desagradable en el bajo vientre. También sentía calor, muchísimo, y una pequeña migraña que al principio ligué al olor de las varillas de incienso. No pude evitar preguntarme qué demonios era lo que aquella bastarda me había hecho tragar.

No tardaría en descubrirlo; pero no todavía.

Mi atención se divagó cuando empecé a escuchar entre la lluvia de afuera, el sonido de algún motor, probablemente un coche, que se acercaba fuera del granero. La familia también lo oyó, porque dejaron su cháchara para

escuchar mejor.

—Debe ser Diego —repuso Julia con emoción en su voz—. ¿Le abro?

—Espera —ordenó Carmen—. Miguel, ve a mirar.

Pablo por su lado volvió a agarrar la escopeta y me apuntó con ella. No hizo falta que me dijera que, si yo hacía algún ruido, él también lo haría.

Miguel sonriente pasó a mi lado, lanzándome una mirada divertida. Cruzó junto a mi coche y se encaminó a las grandes puertas correderas que cerraban aquella nave. Abrió apoyando su cuerpo, con esfuerzo, para que cediera la chapa con ruedas. Admiró hacia el fondo de la oscuridad que era la noche.

—Es Diego —gritó Miguel—. Voy a salir para decirle que aquí no puede aparcar. —Señaló nuestro coche—. No hay sitio.

Miguel abrió lo justo para que su cuerpo cupiera, y entonces desapareció en la oscuridad.

Desde mi posición, apenas pude ver la línea negra por donde se escapaba la tintineante luz de las antorchas. Noté el ruido de la lluvia intensificarse. Minutos más tarde, Miguel volvió, y ayudó a abrir la puerta para que Diego pudiera cruzar. Llevaba casi a rastras a Nuria, su hija de once años. La pequeña estaba rubia, aterrada por el cariz que había tomado posesión de lo que ella consideraba un buen ejemplo paterno. Ahora le agarraba del brazo y la obligaba sin ningún ápice de suavidad o dulzura a internarse en el edificio.

Miguel cerró detrás de ellos.

—¡Nuria cariño! —expresó Carmen—. ¿Cómo estás, mi vida?

La pequeña tenía los ojos rojos de haber llorado. Estaba pálida, muy pálida. Con su pelo oscuro y aquella tez desprovista de color parecían una escala de grises. Al ver a su abuela, su adorada abuela, rompió a gimotear de una forma ininteligible. Solo entendí una palabra, «mamá», que la repetía como si quisiera despertar de una pesadilla, pero sabiendo que su madre jamás volvería a abrazarla para decirle que todo iría bien.

—María está en el maletero —respondió Diego—. No podía dejar el cadáver en nuestro piso.

Miguel carcajeó la oración como si hubiera un chiste implícito, una broma bíblica que jamás podría entender nadie que no fuera Dios o Diablo. Me sorprendió. Tras cuatro años de largos coloquios con ese chaval, jamás le

había oído reír. No así al menos.

Carmen se acercó sobre la niña, y se agachó para abrazarla. La pequeña no lo evitó. Abrazó a su abuela y rompió a llorar de nuevo.

—Pobrecita —dijo Carmen—. ¿Y tú lo has visto? ¡No! ¡No! —Repitió la negación como si aquella palabra tuviera algún significado real, como si pudiera deshacer el hecho de que la niña había visto como su padre había matado a su madre—. Tranquila, mi amor. Esta noche te reunirás con ella, y ya no estarás triste, porque ambas estaréis en el regazo de nuestro señor...

—¡Hija de puta! —Grité desde mi columna.

Aquello bien me valió un culatazo de la escopeta. Me partió el labio inferior y un par de dientes, anegando toda mi boca con un sabor ocre. Nunca me había roto un hueso ¿Sabéis? Mi grado del dolor es medio, nada del otro mundo. Tragar una masa con trozos sólidos pertenecientes a mi propia dentadura me hizo darme cuenta de si aquello era dolor; no quería conocer el resto.

La niña vio la escena impactada. Trató de separarse de su abuela, que la abrazaba como un cepo. Entre Diego y Miguel la agarraron de los brazos, y la arrastraron hacia mi columna. La pequeña pataleaba, rugía y gritaba como un animal asustado. No sé cómo decir esto sin sentir vergüenza, pero ella se había resistido mucho más que yo.

La encadenaron a mi lado, y pude sentir en mi costado su respiración febril adherida al llanto. Escuchaba el tintineo de sus cadenas. Quise decirle algo, pero aún tenía la boca llena de sangre, y no sabía que podría decirle a la muchacha. Además, el picor del bajo vientre estaba levantando el hasta de la bandera.

No soy ningún tipo de depravado, os lo aseguro, y como comprenderéis, aquella escena estaba fuera de cualquier erotismo, pero empecé a sentir el cosquilleo en la base del pene, junto con un calor a medida que el miembro se desenrollaba de su letargo y comenzaba a expandirse. Otra vez más, no entendía que coño me ocurría. Creía que me estaba volviendo loco, o tal vez fueran los nervios. Sentía las orejas ardiendo, y la nariz taponada.

Los más listos ya os habréis dado cuenta de que cojones era lo que Julia me había hecho tragar.

—Es el momento —dijo Pablo y, al menos, dejó de apuntarme—. ¡Todo el mundo! ¡Comenzamos ya!

—¡Ya estamos todos! —rugió a carcajadas Miguel —¡Todos!

Carmen comenzó a sacar de un fardo cercano al altar, trozos de tela de color rojo, y fue pasándole uno a cada miembro de la familia.

—Poneos las máscaras ¡Nuestro señor debe saber que olvidamos los rostros que Dios nos impuso!

—¡El ser humano está tras la carne y la sangre! —bramaron Julia, Diego y Miguel; coreando como respuesta mientras agarraban las telas.

—El ser humano está tras la carne y la sangre —continuó solmene Carmen con una sonrisa—. ¡Además me he pasado toda la semana cosiendo y creo que me han quedado la mar de cuquis! ¡Seguro que complacerá a nuestro señor!

Pablo le dio un beso, orgulloso. Apenas un pico acariciándose los labios de forma recíproca, y agarró su tela. Todos se la pusieron. Parecían sacos de arpillera en rojo y negro con agujeros en los ojos y las costuras en el dobladillo de la boca que llegaba hasta el cuello.

La niña gimoteó asustada ante aquellos monstruos a los que había llamado «Familia» durante casi una década, su único recorrido en la vida. Por mi parte, y a pesar de la erección, pude sentir como mis huevos se encogían más allá de lo que creía que era humanamente posible.

Un pequeño y corto inciso: a estas alturas, puede que estéis preguntándoos por la entidad demoniaca particular a lo que esta pandilla de psicópatas nos iba a sacrificar con tanta alegría. Voy a dejarlo claro desde ya. No pienso decir su nombre. No quiero popularizar a un montón de mierda humeante. Algo que os aseguro haría gracia a la familia de quien ahora es mi ex, y apenas una hora, era el amor de mi vida.

Comenzaron a oficiar a algún tipo de misa blasfema. Por turnos, se acercaban a al altar, parlotando sobre el regalo de Dios, y como la mano del Diablo agarraba lo que él quería sin remordimiento. Todos parecían predispuestos a escuchar aquella querrela pagana en la que se enaltecía el alma desenjaulada de su cárcel de carne, grasa y piel: con huesos como barrotes, y sangre como paredes.

Hablaban de liberarla para que Fset... Casi se me escapa... aquella entidad demoniaca, consumiera nuestra alma haciéndola una con su poder.

Luego comieron algún tipo de parodia oscura del acto de la comunión. Una cápsula rosada que Diego sacó de su bolsillo. Por último, empezaron a dar por zanjada aquella misa negra, volviendo a meternos a Nuria y a mí

como protagonistas de aquel grotesco oficio.

Daba igual como de encapuchados estuvieran. Reconocía a cada uno por sus gestos, su forma de andar, y las voces que había escuchado durante cuatro putos años.

El discurso final lo dio Pablo. Sacó un libro de detrás del altar, un grimorio viejo encuadernado a cuero, y luego volvió a orar en voz alta; leyendo cada párrafo con inusitada fascinación.

Recuerdo cada palabra. Soy capaz de olvidar donde dejé el trasto que tenía en las manos cinco minutos antes y, sin embargo, aquel asqueroso discurso se grabó en mi mente con un hierro candente.

«Hijos del manto oscuro y alejados de aquel mal llamado Dios. Que no existe porque por sus propios ángeles fue repudiado. De sus actos irresponsables nació la carne de hueso, carne y sangre. Enjauló nuestro espíritu, para que jamás pudiéramos ser uno con nuestros verdaderos señores primigenios. Fue su último acto de maldad antes de desaparecer de este planeta. Nos condenó a una vida horrible, llena de sufrimiento, con nuestra alma presa en nuestro interior. Pero esta noche nuestro señor, cuyo nombre es —Una polla. Que no. Que no lo digo —se alzaré ante nuestras ofrendas, cuando liberemos a nuestros seres queridos de su jaula para que unan a él. Sus almas les pertenecen, y allí podrán gozar sin el pudor de la horrible palabra que los necios llaman pecado. Danzarán, fornicarán, comerán y degustarán los entresijos de su alma liberada de las jaulas de la vergüenza. Sin los conceptos sobre el bien y el mal, quedando solo el placer. Diego, trae a tu hija.»

Diego sacó de entre sus ropajes un cuchillo de carnicero. Luego caminó hacia la columna. Sus dos primeros pasos fueron lentos, como si dudara, pero al tercero y el cuarto encontró la determinación que le faltaba.

—Tranquila Nuria —dije en voz baja. Ella me miró asustada—. No permitiré que nada te pase. Prometo que te sacaré de aquí con vida.

Alerta spoilers: la niña muere antes de que pases la página.

Voy a hacer un mejor trabajo en sintetizar esto. Lo primero porque no lo vi, pues cerré los ojos, y lo segundo porque no quiero ser gráfico.

Con esto no.

Diego desencadenó a la niña y se la llevó. Yo tenía los ojos cerrados, y gritaba. Gritaba que no lo hicieran nada. Que pararan esta locura. Lo cierto es que gritaba para mí pues, con los ojos cerrados, aún podía escuchar el llanto histérico de la muchacha junto aquella extraña risa demencial de a quien yo conocía como Miguel. Oía a Diego gritarle que no

tuviera miedo. Luego escuché más grilletes. Puede que los del altar.

Luego un golpe. Algo sucio y húmedo; casi un chapoteo.

La niña dejó de llorar, y yo seguía gritando. No quería escuchar y no tenía manos para taparme los oídos. De poco sirvió. Comenzó a sonar el sonido de una sierra, como cuando alguien corta el pan, seguido de crujidos similares a los de ramas partiéndose. Y más, más cosas que chapoteaban al caer de sitios de donde nunca debieron desprenderse.

Todo eso lo escuché con una erección tan fuerte que me obligaba a mantenerme inclinado por el dolor del miembro relleno de sangre. Me odie por ello, aunque sabía que aquella reacción corporal se debía a la droga de Julia, y que mi polla estaba lejos de estar de acuerdo con lo ocurría.

Alguien comenzó a llorar.

—Tranquilo Diego —La voz era de Pablo—. Es tu jaula de carne la que siente dolor por la pérdida de tu hija. Eso es lo que nos hizo el falso Dios. Cuando nuestro señor esté con nosotros, ya no habrá dolor, ni pena... Solo libertad.

La libertad puede ser algo contraproducente cuando la maneja un loco venido a más con aires de grandeza.

Ellos solo veían a una niña que servía como instrumento a aquel cuadro infernal.

Yo no dejaba de ver la mujer que no sería, la adolescente que jamás probaría un primer beso, el llanto por el primer amor, su primer empleo...

No podía evitar ver el futuro sesgado a cuchilladas de mano de quien le dio la vida.

El rubor que sentía en las mejillas y en las orejas se tornó aún más caliente. Y estoy seguro de que poco tuvo que ver con la viagra. Había un pozo de lava dentro de mi estómago que aquello estaba destapando. Uno que todos tenemos. Un pozo sin fondo, cálido y horrible, que pocos se atreven a abrir, y muy pocos son capaces de mirar su interior.

No sé cuándo abrí los ojos ni cuanto tiempo pasó. Al hacerlo todo era borroso. Pero no tardé en deducir, en aquel borrón cromático que era mi vista, que había quitado el cuerpo de la niña del altar. Si que estaba la sangre. Muchísima. Caía por la roca vertical, y cubría casi todo el suelo a sus pies. En una esquina de la nave había algo envuelto en una manta gruesa y tirado al suelo. Algo que antes no estaba. Algo que antes respiraba ilusiones, alegría, tristeza y miedo y ahora se desentendía de los

que le ocurriría a los vivos.

A medida que mi visión ganaba nitidez, los detalles me hacían hervir la sangre. Uno en especial. No solo había sangre en el altar. También había trozos. Pequeños pegotes rosados del tamaño de pelotas de golf. Puqui se estaba comiendo uno.

—Sé que ahora no lo entiendes, pero todo llegará, mi amor. —¿Cuándo coño se había acercado Julia a mi lado? —. No lo entiendes porque tu Jaula te engaña. Te programaron para creer que esto es malo, cuando en realidad, todo lo que sana siempre tiene mal sabor al principio.

—Vete a la mierda —Aunque en realidad, sonó más a «Vegte a la mierda». El culatazo y los dientes rotos habían comenzado ya a inflamarme la mandíbula.

Me acarició las mejillas, y con el pulgar, me limpió la sangre seca del labio hinchado con tanta ternura que casi no parecía que me tuviera drogado, encadenado, y predispuesta a darme matarile.

—Es tu jaula la que habla. No te preocupes, no te guardo rencor.

Me besó la frente. Luego se fue. Había que preparar la segunda ceremonia.

Entre Diego, Miguel y Pablo tumbaron el altar. Necesitaron de los seis brazos para hacerlo.

Carmen y Julia hablaban entre susurros, mientras Puqui seguía comiendo. Y cuando la carne le daba sed, lamía la sangre de forma ansiosa.

El altar tumbado parecía una cama con grilletes y, sabiendo de mi erección, fue la primera vez en toda la noche en la que ligué dos y dos demasiado rápido.

Julia volvió a acercarse, acompañada de su padre que esgrimía su escopeta como un argumento convincente para hacer que hiciera todo lo que ellos me pidieran sin rechistar. A la desesperada, tuve una idea. Si no podía con ellos, tal vez ganara algo de tiempo si creían que era parte de ellos.

—¡Tienes razón, Julia! —espeté antes siquiera de que me quitaran mis cadenas. Tendí las manos para que me desataran—. ¡Por favor, libérame de mi jaula de carne!

—Eso haré mi amor. —Su voz sonaba extrañada. No creo que esperara cooperación. Mucho menos comprensión, por mi parte.

Cuando mis cadenas cayeron Pablo me apuntó con la escopeta.

—¡No hace falta! —repose levantando los brazos —. ¡Os comprendo!
¡Quiero ayudar!

Mira. La peor interpretación de mi vida. Temblaba, parpadeaba como un poseso, y mientras su padre me encañonaba con la escopeta, yo le encañonaba a él con mi polla erecta.

No había por donde cogerlo.

—Tu no comprendes nada —bramó Pablo —. Hiedes a miedo. Tu jaula sabe que va a romperse y te obliga a mentir para preservarse.

—Es tu jaula —aseveró Julia. Pero había un deje de desilusión en su voz —. Te obliga a mentir, y tú nunca me has mentido ¿No te das cuenta todavía? Te obliga a cosas horribles para evitar que se libere tu alma.

«Tú nunca me has mentido».

Yo, el novio perfecto. El adonis de plata. El tío que merecedor de lo que jamás consideró que debía merecerse. El que no tiene la polla demasiado grande, pero trata de compensarlo con esfuerzo. El que acaricia a su chica hasta que se queda dormida a pesar de que él está muerto de sueño.

Impávido caminé con su frase en la cabeza, y apenas reaccioné cuando la escopeta me golpeó las costillas buscando a aligerar mi trayecto.

En el altar aún seguía rumiando aquella frase.

«Tú nunca me has mentido»

—El pecado de la carne liberada, y ahora el del cónyuge desatado —profirió Pablo.

—¡Amen hermanos! —Exclamé con una sonrisa delirante.

Me sentía drogado. Esa sensación de rara euforia que nos produce dos tercios de cerveza de más, cuando tenemos el estómago vacío.

Pablo me golpeó de nuevo, esta vez en el hombro.

—De mi hija a su amor. Y de su semilla, el redentor, nuestro señor; que cabalgará sobre olas de sangre cuando nazca del vientre de una jaula. Carne sin Carne. Sangre sin Sangre. El ser humano es solo carne y sangre. Nuestro señor estará hecho de llaves que abran cada celda que

ose aprisionar un alma.

Mientras aquel gilipollas seguía con su discurso de mierda, entre Miguel y Carmen me bajaron los pantalones de un tirón tan bestia que por poco me arrancan la polla. Allí estaba, bombeando sangre, erecta, nervuda como el brazo de un lanzador de jabalinas agarrando una caja de galletas del estante más alto del supermercado.

Me entró la risa. Aquella sensación de euforia podía conmigo. Mi cerebro era un caos: la traición, la muerte de Nuria, y ahora el «Tú nunca me has mentido».

Mientras me reía, solo con la camisa, con la chorra tiesa, el culo al aire y los pantalones y calzoncillos en los tobillos, Diego y Miguel me empujaron hacia el altar. Caí como un fardo de patatas, sin oponer resistencia ni a las manos que me empujaban, ni a la gravedad que tiraba de mí hacia el centro del planeta, en un sentido literal, y metafóricamente.

«Tú nunca me has mentido» y esta vez, Julia me dio pena.

Tumbado en aquella losa de granito me agarraron de los brazos y los estiraron por encima de mi cabeza, donde le pusieron los nuevos grilletes. Luego Julia se subió encima de mí, portando un cuchillo fino de hoja ancha, casi jamonero.

—Ahora follaremos, mi amor, una última vez. De tu semilla se alumbrará el inicio del final. En lo que eyacules, te cortaré la garganta y liberaré tu alma. No te dolerá. Serás libre.

Se levantó la túnica dejando sus piernas desnudas acariciándome las rodillas. Se sentó sobre mí. Cadera con cadera. Agarró con su mano mi miembro para guiarle a la entrada. De tan rígido y latente que lo tenía ni siquiera sentí cuando se internó dentro de ella. También estaba húmeda. Todo aquello la ponía muy cachonda.

Gimió, algo muy leve e insonoro.

Miré a mi alrededor, sus padres y hermanos nos admiraban, y si os preguntáis que cruzaba por mi mente en aquel momento, creedlo o no, estaba pensando en si aquel día había cerrado la puerta con llave antes de salir. Es curioso lo incapaz que es capaz de aceptar la mente humana las fatalidades cercanas e irremediables.

En su interior, mi polla bombeaba con cada sacudida; mandando gratos gritos de placer por todo mi sistema nervioso.

La miré a la cara. Tenía la boca medio abierta, emitiendo gemidos silenciosos, y los ojos brillaban cada vez que se levantaba sobre mí,

apoyándose en mi estómago. Sentí como su cintura había cambiado el movimiento. Pasó de embestirme con cada penetración a sacudirse, como si montara un toro mecánico delante de un montón de espectadores, a saber, su familia.

Tú

Nunca

Me

Has

Mentido.

—Julia —dije muy bajito —. He de contarte una cosa.

Ella se agachó mientras me cabalgaba. Acercó su oreja a mis labios inflamados.

—Te he mentado cada puto día desde que te conocí.

Sus ojos cambiaron, me penetraron igual que yo hacía con ella. Seguía moviéndose, pero vi una extraña expresión lastimera en sus ojos.

—El primer día me pareciste una gilipollas, una niña mimada. Pero como vi que me bailabas el agua, decidí callarme. Ese día cayó un buen polvo. Luego volví a llamarte para ver si caía otro, pero lo que te dije en realidad, fue que me apetecía pasar tiempo contigo.

—¿Qué?

—¿Todas esas veces que llegabas a casa y te preguntaba que tal te había ido el curro? Eras un puto somnífero. Asentía y repetía lo último que decías a modo de pregunta mientras daba cabezadas. Hacerte creer que me interesabas era todo parte de la misma trola.

—¡Mientes!

—¿Va todo bien? —preguntó Carmen. La familia parecía ajena a nuestra conversación —.

—Yo nunca miento ¿Recuerdas?

Sus embestidas ahora eran furiosas.

Su cadera bailaba sobre la mía con mi pene rozando las paredes de su cavidad. En cualquier momento me correría, pero no iba a darle ese puto

gusto; no mientras tuviera tantas verdades que contarle. ¿Habéis deseado alguna vez saber todas las verdades de vuestra pareja? Os aseguro que, si las supierais, lo siguiente sería tiraros desde un quinto piso antes que afrontarlas.

Ella se había enamorado del novio perfecto; el disfraz que había usado para darle la mejor experiencia a la persona a la que amaba.

Tanto hablar de jaulas había hecho que quisiera liberarla de su error.

—A veces cuando follábamos, me daba morbo pensar en algunas amigas ¿Te has dado cuenta de que a veces cierro los ojos antes del orgasmo?

—¡Cállate!

—¡Si supiera la de veces que he fregado mal aposta los platos para que tu quisieras fregarlos por mí!

Julia volvió a ordenarme que me callara, pero como imagináis, yo ya no tenía más ganas de obedecer. Su familia estaba empezando a ponerse nerviosa, y a mí, allí, mientras me follaba a aquella monstruosa sectaria, decir que me sudaba la polla lo que me pudiera pasar a continuación, sería redundante.

—Solo hacía lo que un novio perfecto debería hacer... ¿Sabes? - Ahora gritaba yo - ¡Para hacerte feliz! ¡Para que no riéramos! ¡Porque se supone que era lo que hay que hacer! ¡Todo un puto disfraz! ¿Te acuerdas de que te dije que me gustaba todo de ti? ¡Me dan asco tus pies! ¡Tienes las uñas del meñique deformada! ¡Tu ombligo huele a mierda emponzoñada y roncadas como un pabellón entero de marineros con tuberculosis!

Seamos sinceros. Me sentí mal y puede que un pelín hijo de puta, pero ¿cuántos hemos sumergido la verdad por el valor que el ideal del amor ejercer sobre nosotros? Raros son los que son sinceros con su pareja desde el principio, y los admiro. No era mi caso, y puede que el tuyo tampoco.

Ella también me había mentado a mí ¿No? Me refiero a lo de omitir que en realidad era una puta chiflada satánica y que me iba a sacrificar a un Dios pagano salido de un video porno de furries.

Es lo que nos pasa a los que nos enamoramos antes del ideal del Amor, que de la persona. Supongo que somos un claro ejemplo de que las relaciones basadas en mentiras conformistas acaban teniendo un amargo final.

—¡Hijo de puta! —Julia se levantó de un salto, enarbolando el cuchillo, y por la mirada que me lanzó, debí cruzar esa fina línea que separa el amor del odio. Le producía asco y no la culpo. Era un sentimiento recíproco.

Sectarios zumbados del mundo. Dos lecciones importantes.

La primera: Si vais a sacrificar a alguien aseguraos de hacerlo sin muchas florituras. Follárselo encima de un altar satánico puede sonar muy bien sobre el papel, pero las teatralidades generan errores. Tal vez eso fue lo que me ayudó; un miserable error. O lo mismo no estaba previsto en el plan que Julia se levantara, liberando el peso de su cadera contra la mía, dejándome mover las piernas. Aproveché para flexionarme sobre mí mismo, hundiendo mis rodillas contra mi esternón, y me estiré violentamente proyectando una patada directamente contra su cara.

Hacerlo con el miembro lleno de sangre, y los testículos inflamados por la retención, fue un dolor horrible. Lo compensó cuando sentí como su tabique nasal se partía contra la planta de mi pie. Cuestión de física: no sé cuántos newtons valió mi patada, pero fue suficiente como para lanzar por los aires sus sesenta y siete kilos fuera del altar.

Segunda lección. Si uno de vuestros prisioneros se sale de vuestro fatídico guion, conservad la calma. O al menos, tened preparado un plan de acción con cierta coordinación entre vosotros.

Cuando el cuerpo de Julia cayó al suelo, el caos se adueñó del resto de la familia. La mierda de perro ladraba y la madre gritó horrorizada. Diego y Miguel corrieron hacia mí, mientras que Pablo, que no necesitaba de sus piernas para descargar su cólera contra el cabrón que había pateado a su hija, levantó la escopeta...

...Y disparó.

Probablemente ahora sería una masa de carne pulverizada por el cartucho si no fuera porque Diego se cruzó delante por delante. El muy bastardo ya había apretado aquel sensible gatillo, y cuando sintió que el percutor bajaba solo tuvo tiempo para desviar el disparo.

No fue demasiado rápido.

El cartucho le voló el brazo derecho a Diego a la altura del codo, y como lo tenía flexionado, también saltaron por el aire algunos de los dedos.

Desde luego, mi suegro no exageraba. No sé qué mierda cazaba habitualmente con ese rifle. El impacto fue tan brutal que hizo girar a Diego antes de caer al suelo, salpicando sangre y carne en todas direcciones como un aspersor que rota para no dejarse zona sin regar. Un asqueroso olor a pólvora y a carne quemada inundó el ambiente. No

acabó ahí. El fatídico tiro —Milagroso para mí —impactó en el altar, justo donde se anclaban las cadenas. Aproveché el Deus Ex Machina para rodar hasta el final de la piedra antes de que Pablo decidiera aprovechar el segundo gatillo de su escopeta. Caí de boca. Un dolor desgarrador asoló mi entrepierna cuando lo indoblable se dobló bajo mi cintura.

Capítulo 4

IV.- ALLEGRO

Todos los tontos tienen suerte. Es algo que mi abuela le decía a mi madre, y mi madre me repetía a mí. Como soy un idiota redomado, hice acopio de toda la suerte que tenía para levantarme de detrás de aquella roca, esperando que Pablo fallara el segundo disparo que aún le quedaba, y esperando que aún quedara suerte para que Julia no hubiera quitado las llaves del contacto de nuestro coche. El mismo coche en el que me había traído en aquella pesadilla.

Si, ese era mi plan. Un mar de infinitas variables en las que yo acababa muerto en su mayoría.

Me levanté y mi abuela deba tener razón. La fortuna estaba de mi parte.

Pablo estaba pálido. Se había quitado el saco de harpillera de la cabeza. Contorsionaba su rostro en una mueca de espanto. Diego estaba tumbado en el suelo, sobre el costado, alfombrando los cimientos con su sangre en un charco que se fundía con el de su hija. Del muñón humeante se veía parte del hueso astillado. No es de extrañar que toda la familia estuviera viendo la escena, y no repararan en el tío empalmado, con los pantalones por los tobillos, que se alejaba dando saltitos. Carmen también estaba blanca. Miguel se reía histérico.

—¡Papa! —Gritó en carcajadas —. ¡Has fallado por un codo! ¡¿Lo pillas?!

Comencé a subirme los pantalones mientras huía de aquella emotiva escena familiar. Algo jodido con las muñecas encadenadas.

Que tuvieran toda la intimidad que quisieran; yo me largaba.

De camino al coche me encontré a Julia. Comenzaba a levantarse con el mentón ensangrentado por la herida de la nariz. Aproveché que levantaba su cabeza a la altura justa para que pudiera propinarle una patada al pasar.

Las oportunidades están para tomarlas, ¿no?

Aquello pareció dejarla KO por completo. Yo seguí mi carrera hasta el coche. Con el trote las cadenas se aflojaron al no tener donde atarse.

Si no fuera por el puto Puqui, que se puso a ladrar histérico en mi dirección, habría llegado al vehículo sin que se percataran de mi

presencia. Quién sabe, lo mismo podría haber escapado.

Los grititos del chucho eran molestos, algo que ya odiaba en silencio antes de toda esta mierda. Alertaron a toda la familia. Fue Miguel el primero que gritó. justo cuando abrí la puerta del conductor, y pude ver las llaves colgando del contacto.

Segundo golpe de suerte.

—¡Allí! ¡Se escapa! —Me señaló con el dedo.

Carmen, histérica, parecía culparme de lo ocurrido con Diego. Se lanzó en la carga hacia mí. Pablo apuntó con el arma. Esta vez no se dejó llevar por el impulso, y al ver que su mujer cometía el mismo error que su hijo, le gritó que se apartara.

Entré al vehículo dando un portazo y giré las llaves con tanta fuerza que por poco las parto. Carmen corría hacia mí, y al escuchar la orden de su amado marido se apartó. Su cuerpo dio paso al cañón aún humeante de la escopeta.

BOOM

Me agaché lo más rápido que pude. La luna delantera reventó en mil pedazos. Cada una de las esquirlas del cristal brillaron ante la luz de las antorchas y se mezclaron con el cuero y el metal de la chapa del techo. Trozos de todo tipo cayeron en mis manos. Laceraron mi piel, animando a mi sangre a brotar. Cayeron sobre mi pelo, mi cara y los laterales de mi cabeza. Se metieron por dentro de mi camisa y los sentí arañándome la espalda. El jodido cabecero del asiento de conductor había desaparecido. Delante de mí se erigía un cráter que recorría la luna delantera y acababa en una telaraña de cristal en las zonas que aún se mantenían.

A Carmen no le gustó verme surgir junto al volante. Gritó de nuevo, con la mirada desencajada en cólera. Cargó hacia mí de nuevo. Detrás de ella, el cabrón de Pablo comenzaba a buscarse entre los bolsillos más cartuchos para recargar el arma.

¿Sabéis qué? Estaba hasta la polla, y al mirar hacia atrás, sabía que mi coche tendría que atravesar el portón metálico de la nave para salir de allí con vida.

Aquella familia me había engañado, traicionado, engatusado, apresado, golpeado, violado y ahora además me habían disparado no una, sino dos veces. Calculando que el coche marcha atrás no iba a tener potencia para atravesar y tirar la puerta, decidí que iría hacia adelante, y pondría aquella vieja tolenada de metal, entre el que se me pusiera por delante y

el suelo.

Carmen ya estaba cerca, así que yo hice lo siguiente; justo en este orden, ni una cosa más, ni una menos.

Giré el contacto, sintiendo la vibración del motor.

Metí segunda, esperando que mi mierda de motor aguantara.

Apreté el embrague a fondo, y luego el acelerador. Las revoluciones del motor enloquecieron. Su bramido habitual se convirtió en algo realmente desquiciado. Parecía un Tiranosaurio Rex al que acababan de meterle un ejemplar de la teoría de la evolución directamente por el culo.

Solté parte del embrague, y el coche no se movió.

¿Podéis ver donde se encuentra mi error? No está en lo que hice; sino en lo que no hice.

El coche no avanzaba, y aquello me acojonó.

Carmen debió pensar que iría hacia atrás, en dirección contraria a ella, lo que podría haber hecho alguien que no fuera un completo subnormal como es mi caso. Siguió con su carrera sin alarmarse. El ambiente se llenó de un pesado olor a goma quemada, el de las ruedas que aún eran presas del freno de mano, y a los dos segundos, se unió a la alegría de la polución. Del motor comenzó a surgir un humo oscuro.

—¡Joder! —Grité al ver como Carmen empezaba a inclinarse para saltar sobre el coche. Tenía un cuchillo que ni puta idea de donde lo había sacado.

¿Qué habríais hecho vosotros? Yo solté el embrague del todo.

El coche se caló dando un violento salto. Me golpeé la cabeza contra el volante.

Lo que siguió a continuación fue una puta locura. Algo que jamás creía que pudiera llegar a pasar, y que me hace meditar en todas esas veces que conduje apaciblemente quitándole importancia a los estridentes ruidos del coche.

Lo que se inició como humo se convirtió en fuego. El capó delantero explotó llevado por el violento salto del coche y vomitó a propulsión el motor y parte de sus tripas contra Carmen.

Me habría gustado ver la cara que puso, que tuvo que durar muy poco antes de que 300 kilos de metal ardiendo la impactaran de lleno. Aquella

bola de fuego devoró a la mujer de cintura para arriba.

—¡CARMEN! —Gritó Pablo.

Sí, seguro que te responde.

Cuando el motor aterrizó, lo hizo llevándose consigo a la mujer. La arrastró durante varios metros, dejando un reguero de sangre hasta que llegó al altar, y allí se quedó muy quieto; con el fuego devorando a aquella chiflada. También olía a mierda. Cuando levanté la vista del volante, aun aturdido por el cabezazo, vi que entre el reguero rojo se mezclaba un color marrón. Supongo que es verdad, que a veces los cuerpos al morir liberan sus esfínteres.

Salí del coche y los pies no me sostenían. Caí de rodillas, y junto al dolor de la entrepierna (Creía que se me desgarraba el órgano) noté como el almuerzo trataba de buscar la salida a su cautiverio estomacal.

Puqui se abalanzó y empezó a morderme las mangas de la camisa mientras lanzaba aquellos ladridos de mierda. Alcanzó mi muñeca, y clavó sus asquerosos dientecitos.

Aquello me devolvió a la realidad.

Con la otra mano lo agarré de la cola y me levanté. El perro me soltó al darse cuenta de que sus pies ya no tocaban el suelo. Lanzó un gemido lastimero antes de que lo alzara para luego bajarlo como un mazo contra el capó reventado del coche, cuya chapa sobresalía como una cesárea afilada.

Se acabaron los ladridos de mierda.

¿Me estáis juzgando? Espero que no, porque han abierto en canal a una niña, a mí me han violado, y acabo de lanzar una masa de metal ardiendo contra mi suegra. Si lo que más os ha jodido es lo del perro, en serio, hacéroslo mirar. De mí solo quedaba ya furia y rabia, y eso es lo que vais a ver.

Agarré un pedazo de cristal del suelo y corrí hacia el primero de esos hijos de puta que aún se mantuviera en pie. Fue Miguel, que ya no reía. Miraba a su madre arder bajo aquel hervidero de metal candente, aunque su expresión no era ni miedo, ni tristeza: era de pura curiosidad.

Pablo aún recargaba la escopeta. Pero los cartuchos ya no los recogía del bolsillo, sino del suelo. Debieron caérsele cuando Carmen se convirtió en lasaña carbonizada.

Uno distraído y el otro ocupado: aproveché para enganchar a Miguel por la espalda y ponerle el cristal justo en la nuez.

—Suelta el arma —Grité más nervioso de lo que realmente quería aparentar —. ¡Suelta la puta escopeta o termino de cribar a tu puta familia!

—¡Suelta a mi hijo! —El CLOP del percutor anunció el cierre de la escopeta. Ahora cargada con al menos un cartucho —. ¡Suelta a Miguel!

—¿Acaso no quieres liberarlo de su jaula de carne, cabrón?! ¡¿Acaso no quieres que tu mierda de señor lo acuné con su sagrada polla?!

—Estás disfrutando, ¿Verdad, Santí? —Aquella voz leve y reflexiva me dejó sin habla. No era Pablo; era Miguel. Y no parecía incriminatoria, al contrario. Parecía relajada y cómplice. Demasiado para tener al cuello un afilado cristal agarrado por alguien que estaba lejos de estar en sus cabales.

Se giró levemente para que pudiera verle los ojos. Sonreía.

—En serio, Santi. Si llego a saber que te iba tanto la marcha, habríamos sido amigos de verdad.

—¡Suelta a mi hijo!

—¡Cállate papa! —rugió histérico. Casi se abalanzó hacia él, si no fuera porque el cristal de mi mano, tan agarrado que rajaba las articulaciones de mis dedos, se hendió un poco en su cuello —. ¡Tu solo hablas de liberarnos de la jaula! ¡Pero yo adoro esa puta jaula! ¡Sangra! ¡Grita! ¡Se caga encima! ¡La amo!

—Pero ¿qué dices, puto zumbado? —El elocuente fui yo.

—¡La amo! ¡La amo! ¡Es caliente! ¡Huele a cobre! ¡Me encanta la vida que se escapa cuando me miran aterrados! ¡Yo quiero mi jaula! ¡LA QUIERO PARA CORTAR, SAJAR, MATAR! ¡NO SABES CUANTO ME EXCITA!

Maldita sea, aquello me recordó que aún estaba erecto. De hecho, mi polla apuntaba directamente contra el muslo del chaval.

—¿Qué dices, hijo?! —Pablo estaba aturdido— ¡No blasfemes!

Bajó la escopeta.

—¡A mí..., —Dijo el nombre —... me importa una mierda! ¡¿Para qué quiero

adorar un Dios cuando yo puedo ser uno?

—Hijo mío, por favor...

—¡Cállate sucio hipócrita! ¡Déjame que te arranque la cabeza a mordiscos!
¡Déjame que te muestre lo placentera que puede ser una jaula de carne
que se abre ante unos dientes ajenos!

Soy un tipo blando. Cuando siento que alguien tiene un sueño, no me gusta oponerme. Lo solté.

Miguel cargó Pablo y este levantó la escopeta. Su hijo se abalanzó antes siquiera de poder apuntar. De hecho, la escopeta se escurrió de entre sus dedos y cayó al suelo ¿Hace falta que os diga que hice yo?

Padre e hijo forcejeaban. Miguel estaba histérico, gritaba y reía. ¿Queréis que os diga que creo? Creo que toda aquella escena acababa de encender la chispa que le faltaba a aquel puto loco para dejar de engañar al mundo establecido, a nuestra amada sociedad, aparentando ser algo que no era. Creo que el olor de la sangre alienta a un tiburón, y que no puedes obligar a uno a hacer la declaración de la renta, a llegar pronto al trabajo, y votar cada cuatro años.

Pablo golpeó a Miguel con el codo en la cara. Este aprovechó para hincarle los dientes en el brazo tan profundo que la sangre surgió. Con la mano libre, el padre golpeó la cara de su hijo. Necesitó tres golpes fuertes, hundiéndole la nariz, para que le soltara. Y no lo hizo sin dejar uno de los incisivos aún clavados en su brazo. Pablo le agarró entonces del cuello, apretando con tanta fuerza que sus nudillos palidieron por el esfuerzo. Miguel trataba de agarrar aire, y de mientras, daba patéticos golpecitos contra la cara de su agresor, su padre. Cada intento de moverse alienaba los astros de un diafragma que se moría, literalmente, por coger un sople de oxígeno. Su tez se volvió cerúlea. Las escleróticas enrojecieron cuando sus ojos se anegaron por la sangre de los vasos sanguíneos reventados.

Pablo bajó la presión de sus manos cuando yo apreté el gatillo. La cabeza del hombre que una vez se sentó a mi lado, para explicarme que debía esforzarme por trabajar de algo que me apasionara, saltó en pedazos desde la barbilla hasta la frente. Lo que quedó de su cara fueron trozos de cráneo expuesto. Los sesos cayeron sobre su hijo, que apartó el cadáver mientras emitía arcadas.

No negaré que fue algo fascinante.

Miguel trató de levantarse a cuatro gatas, tosiendo, tratando de inflar unos pulmones vacíos.

—Joder, Santi. El muy cabrón debería ser mío. —Se ríó—. Mi papa es pure —Volvió a reírse.

Yo, que aún encañonaba el rostro desvanecido del padre, y que estaba medio sordo por el rugido de la detonación cercana, cambié de objetivo a la cara de Miguel.

—¡Espera! —suplicó al ver aquellos dos túneles metálicos tan cerca de su rostro—. ¿Qué haces? ¿No somos amigos? ¡Quiero ir contigo! ¡Seamos amigos de verdad!

Le miré. Lo hice con los ojos húmedos por el llanto que todo aquello ocasionaba a mi deteriorado cerebro. Por su rostro debió entender que, a estas alturas, no buscaba un amigo.

—¡Para! ¡Para! —Levantó las manos protegiéndose el rostro—. ¡Aún estas empalmado! —Se ríó—. ¿Esto te pone cachondo? ¿Quieres que te la chup...

No dijo nada más.

Creo que ese día me reventé un tímpano con ese segundo disparo. Y por segunda vez en aquella noche, tuve que admirar la sinceridad de Pablo al respecto de la potencia de aquella cosa.

Mano y cabeza. Ambas cosas se fundieron en una boloñesa caliente que olía a hierro y a salchichas a la brasa.

Me di la vuelta. Lo primero que hice fue asegurarme de que Diego, aún inconsciente, no volviera a levantarse. Sé que podría haberlo hecho de mil maneras más limpias, pero de mí ya apenas quedaba nada, salvo un instinto rabioso.

Me senté a horcajadas sobre su torso, y comencé a golpearlo con mis puños.

Con el primero escuche el «clack» de su cabeza. El segundo le fracturo la mandíbula. Seguí golpeando, y golpeando. A mi tímpano reventado, se le sumó el dedo roto de mi mano derecha cuando el cráneo terminó cediendo, y lo hundí hasta que choqué contra el suelo.

Quedaba uno.

Me saqué lo que había guardado en el bolsillo de la camisa al principio de esta historia.

—Despierta mi vida —le dije a Julia, mientras le acariciaba el rostro, que

ahora se mostraba inflamado y amarillento.

Ella comenzó a tomar consciencia. Me miró aturdida, sin entender que ocurría.

—Mira, cielo, esto es para ti. —Le mostré el anillo —. ¿Te gusta?

—Gmfgf. —Nada coherente. Ni siquiera parecía saber dónde se encontraba.

Le introduje el anillo en la boca. Le golpeé el gaznate con el puño. Ella tragó, y luego tosió. Primero saliva. Luego sangre. Aliexpress no mentía. Era un diamante de verdad, y la desgarró por dentro.

No era lo que buscaba, pero me valía.

—Creo que nuestra pareja ha entrado en un callejón sin salida —observé mientras ella tosía un líquido rosa —. Por primera vez en cuatro años, creo que deberíamos ser sinceros el uno con el otro. Preguntarnos «Oye, ¿realmente habríamos iniciado esta relación si los dos hubiéramos sido sinceros desde el principio el uno con el otro? Es decir... Tú eres una sociópata sexual y homicida, y yo un capullo superficial y simple que se disfrazaba solo para agradar.

Me agarró la pernera del pantalón. Boqueaba tratando de coger aire. Pero a esas alturas, sabía que ya solo respiraría el contenido de su garganta.

—Si, bueno, sé lo que estás pensando... pero no entremos en detalles ahora sobre quien trató de sacrificar a quien, o quien mató a la familia entera del otro. En toda ruptura sana, todo se debe hacer sin buscar culpables. A veces las cosas simplemente no salen bien, y es mejor aceptarlo. Romper antes de que ocurra una verdadera tragedia...

Otra arcada más, y comenzó a vomitar la sangre que no podía tragar. Me golpeaba la pernera con escasa fuerza. No tardaría mucho.

—Creo que lo mejor es que cada uno aprenda algo de este triste fracaso emocional. Cada uno por su lado y todos contentos ¿Te parece? Haz como si te ahogaras en tu propia sangre si estás de acuerdo.

Un último estertor y la luz de sus ojos, la misma que tantas veces me había encandilado, se apagó por completo.

Un temblor en mi pierna y eyaculé. Sentí como la erección bajaba.

Un alivio, vamos.

Capítulo 5

V.- STANGHETTA DOPPIA

Lo que ocurrió al final es algo que os dejaré decidir a vosotros.

Me parece interesante que seáis los jueces finales de esta historia cuya metáfora no termino de entender.

Tenéis dos elecciones. Elegid la que más os guste y pensad que vuestra elección, es ni más ni menos, que el verdadero final.

I

Tras la muerte de Julia grité. Ya no era un humano. Era un animal, y solo quería comportarme como tal. Vomité hasta quedarme seco sintiendo el pecado de aquellas muertes en mis manos. Lloré hasta que los lagrimales sangraron arena. Y entonces me levanté, deseando escapar de esta horrible pesadilla.

Salí de aquella escena, y aún llovía. ¿Os lo podéis creer? Llovía, y en la oscuridad de la noche, sentí como el agua limpiaba la sangre de mi cara. Pero jamás podría arrancármelo de mi alma.

Entonces vi el coche de Diego, aparcado cerca de la nave. No parecía haber nada más cerca de aquel fatídico lugar. Todo lo demás parecía bosque que se perdía en la negrura de la noche.

Volví a entrar una única vez más, solo para rebuscar entre las ropas de mi sieso cuñado, hasta encontrar las llaves de su precioso monovolumen familiar.

Salí, me monté en el coche, y conduje hasta la ciudad. Con las luces apagadas, sin respetar ningún tipo de límite de velocidad. Quería escapar de todos esos recuerdos.

¿Aunque a dónde ir? ¿A casa? ¿A la casa que habitamos Julia y yo durante los últimos cuatro años?

Simplemente conduje, hasta que debido a las innumerables infracciones que acometí al volante, un policía en moto me detuvo.

El chico era joven, y lo primero que hizo nada más verme con la ropa cubierta de sangre fue gritarme que saliera del coche, mientras que sacaba la pistola de su bandolera.

Al principio obedecí, ¿Pero acaso obedecer a todo no era lo que me había llevado hacia ese lugar? Obedecí a Julia, a los cuentos de hadas que la sociedad nos impone sobre el amor verdadero y la media naranja, el autorretrato autoimpuesto que ocultaba mis defectos y carencias. Y si algo sé seguro, es que son líquidos. No hay presa que pueda mantenerlos a raya mucho tiempo, y algún día, el embalse revienta, y no puedes hacer nada para evitarlo.

Allí, con aquel chaval recién salido de la academia, encañonándome, sentí la claridad mental que solo envuelven a los que llamamos «locos». A los que no estamos dispuestos a escuchar, porque claro, eso destrozaría nuestros esquemas sobre el orden natural de las cosas.

Cuando otro policía se paró a ver qué ocurría, yo aún seguía de pie. Pero ya no obedecía. Dejaba que la lluvia terminara de limpiar no solo mi piel; también mis sentimientos. Por mucho que aquel muchacho vistiera un uniforme, y me exigiera que me tirara al suelo, lo cierto es que no me salía de los huevos hacerlo. Lo ignoré porque en ese momento, con el tímpano izquierdo emitiendo un pitido desesperado, solo me apetecía escuchar a la lluvia caer.

Su compañero, el que acababa de acercarse, abrió el maletero y gritó de terror. Ya no me acordaba de la esposa de Diego.

Daba igual.

El grito fue el detonante que terminó de asustar al joven, y apretó el gatillo tres veces. El primer impacto me dio en el pecho. El segundo en el hombro. El tercero me saltó la tapa de los sesos.

Ahora libres de su jaula, la lluvia pudo limpiarme por dentro.

Supongo que no debería poder escuchar en ese estado, ¿no? Pues lo hacía.

—¿Que ha ocurrido?! —Gritó el otro policía —. ¿Has disparado?!

—Se me abalanzó, tío. ¡Se me tiró encima!

Tsche. Otra mentira que era más agradable de decir que un simple: «Me acojoné. Me asustaste, macho, y disparé. Porque soy un cobarde inexperto que jamás se había encontrado una mierda como esa y me tembló el dedo del gatillo. Y cuando disparé por primera vez, me asusté dos veces más.»

La mentira era buena, razonable. Ahora ambos podrían tomarse unas cañas, hablar de lo que había ocurrido. Tal vez el veterano acompañara al más joven al psiquiatra que le pusieran por oficio para que este le dijera:

«Eras tú o él. Hiciste lo correcto». Tal vez incluso, si al final más tarde encontraban la nave y veían aquella carnicería, e incluso encontraban mi semen, a aquel novato le dieran una puta medalla. Sacaría el tema en fiestas, cumpleaños y cenas de empresa de amigos y familiares.

«Yo fui quien lo mató. Soy el héroe que claman los periódicos».

A la mierda ¿A mí que más me da a estas alturas?

Ahora mis sesos están fuera. La lluvia puede acariciar mis pensamientos y, como todos los extremos, me parecía algo hermoso.

Supongo que una mentira puede llegar, a los idiotas como yo, a tener un futuro; mientras que una verdad solo trae complicaciones.

No sé qué pesa más en estos casos; la sabiduría, o los principios.

II

Tras la muerte de Julia grité. Ya no era un humano. Era un animal, y solo quería comportarme como tal. Vomité hasta quedarme seco sintiendo el pecado de aquellas muertes en mis manos. Lloré hasta que los lagrimales sangraron arena. Y entonces me levanté, deseando escapar de esta horrible pesadilla.

Salí de aquella escena, y aún llovía. ¿Os lo podéis creer? Llovía, y en la oscuridad de la noche, sentí como el agua limpiaba la sangre de mi cara. Pero jamás podría arrancármelo de mi alma.

Aunque vi el coche de Diego, mi mente animal no quiso contrastar con la humana.

Hice lo que hacen las bestias. Corrí hasta la primera línea de árboles, y cuando estábamos solos la oscuridad, la lluvia y yo, seguí corriendo hasta que no me respondieron las piernas.

Me desperté al amanecer, tumbado, congelado; con la luna desaparecida para dar paso a la luz del sol.

Fue cuando volví a ser humano.

Un pastor me despertó. Al verme en tan lamentable estado y perdido, me llevó hasta su casa y llamó a la policía.

Me ofreció una sopa de cebolla mientras venían las ambulancias y le dije que no me gustaba la sopa, que no perdiera el tiempo. Supongo que tal vez debería haber aceptado la buena amabilidad del hombre, no hacerle el feo. Pero solo quería ser yo mismo. Lo hice como amabilidad, eso sí.

Considero que hay una línea bastante gruesa entre ser sincero y un completo subnormal que solo dice lo que se le pasa por la cabeza, y tal como se le pasa por la cabeza.

La policía llegó junto a la ambulancia. Les conté lo que había pasado, todo, sin dejarme nada. Acto seguido los llevé a la nave. Tres de ellos vomitaron. Los otros dos que venían con nosotros se negaron a entrar.

Pasó un año. Los recuerdos se mezclan difusos entre litigios legales que por poco acaban con mis huesos en prisión. El juez trató de ser consecuente conmigo, debido a lo que había sufrido, y cuando dio por buena la sentencia a mi favor, se me acercó de forma extraoficial para darme un abrazo y decirme:

—Las mujeres siempre nos acaban jodiendo ¿Eh?

El puto gilipollas no había entendido NADA, pero NADA de mi historia.

Tuve la entereza de no escupirle a la cara, pero no me corté de mirarle como si se tratara de un montón de mierda cuyo pretérito abrazo ahora tendría que limpiarme con lejía.

Un año después los psiquiatras se peleaban por tratarme en cuanto conocían mi historia.

Que les follen.

No necesitaba ninguno, y mi actual condición de máxima sinceridad me habría traído de cabeza con ellos, pues más de una vez me despertaba sobresaltado recordando lo que ocurrió.

Lo que empezaron como horribles pesadillas se acabaron tornando en algo más primario.

El terror dio paso a la excitación, y otra vez el terror. Un círculo vicioso hasta que me sinceré conmigo mismo y acepté lo que aquello significaba. Era un ansia animal, pues la bestia que se desató aquella noche había hendido sus zarpas al viento, y ya no se contentaba con quedarse dentro de una jaula.

Miguel lo vio. Fue lo último que vio.

No creo que, de haber funcionado aquel grotesco ritual, hubiera cambiado una mierda en el mundo. Más de una vez me he quedado dormido imaginando, tratando de sopesar, si yo hubiera muerto esa noche. ¿Se habría quedado Julia embarazada a la primera? Y de ser así, ¿Qué habría ocurrido? Soy un ente curioso, ya lo he dicho antes. Y la respuesta a la

última pregunta siempre era la misma.

Nada.

Ni Dios ni Diablo se habrían enterado de una mierda de aquello, demasiado ocupados jugando a las cartas en una partida infinita.

El mundo habría seguido girando. La gente habría seguido siendo una puta mierda, y el empleo de cara al público el más devaluado de todo el mercado laboral.

Pero curiosamente, fue el que yo sobreviviera el que si surgiera un nuevo demonio caminando entre los mortales. De una forma metafórica, claro, y sí, hablo de mí.

Aquello realmente despertó algo turbio en mi interior, un picor mental que no podía rascarme de ninguna de las formas.

Bueno, solo de una.

No tardaré en salir a cazar, por supuesto. Pero tranquilos, no mataré perritos, gatitos, u otras populares mascotas. Sé que eso no gusta, y quiero caerte bien, ya que has decidido eligiendo este final que aún sigo con vida. Puede que algún día mi caza me lleve hasta ti.

Entonces deberás elegir entre ser tú, o lo que se espera de ti.

Si tienes suerte, y según la frase más sabia de mi abuela: te convendría bien ser idiota para que elijas correctamente.